Los vencidos

IÑAKI UNZUETA
PROFESOR DE SOCIOLOGÍA UPV/EHU

ETA ha sido derrotada militarmente pero no ideológicamente. Aún más, han logrado consolidar su discurso, debilitar el constitucionalismo y controlar importantes instituciones de la sociedad

Las últimas décadas vividas por los vascos se han caracterizado por un hecho central: la dinámica social de desprecio dirigida contra los no nacionalistas por el nacionalismo radical. La construcción nacional es una labor de trazado de límites que absorbe y destruye la heterogeneidad política y cultural. En la construcción de un nuevo orden nacional se utilizan esquemas binarios de clasificación, identificación y anulación de lo que estorba y no se encuentra en su lugar. Ahora bien, esta ingente labor que ha conllevado muerte y sufrimiento, no hubiera sido posible sin la pasividad de una gran parte de la sociedad. Unos violaban la integridad de los clasificados como excluidos; y otros, justificaban, excusaban, o, simplemente, observaban las fechorías. Las declaraciones de Arzalluz constituyen un filón para el estudio de la desconexión moral. De este modo minimizaba las agresiones cuando decía que, «siempre hemos partido del supuesto de que quien se juega la desgracia es nuestro pueblo, más allá de los propios que han sido asesinados».

Por otro lado, exceptuado un periodo delimitado de terrorismo anti-ETA generado desde el Estado y sin ningún anclaje en la sociedad, la estrategia de desprecio nacionalista no tuvo contestación porque tampoco existía un bando organizado que tuviera por objetivo la eliminación del abertzalismo. Han sido muchos los daños ocasionados. Las formas de desprecio han afectado a la integridad física y psicológica de las personas. El desprecio ha desposeído de derechos a las víctimas, las ha excluido afectando ello a su integración. La dignidad y el honor de las víctimas han sido mancillados afectando ello a su contribución a la sociedad. Cada asesinato de ETA provocaba una pérdida irreparable, escindía la sociedad, negaba a la víctima la capacidad para ejercer responsabilidades y le privaba de la posibilidad de conformar la polis. La violencia ha ocasionado daños personales, políticos y sociales.

:: JOSE IBARROLA

El nacionalismo radical tiene ahora que hacer frente al pasado de violencia que ha ocasionado. El deseo de todo criminal es que a la muerte física que ocasiona le siga la hermenéutica que vacía de significado a la primera y, para ello, pone en juego estrategias de ocultación. Sin embargo, como los muertos están ahí y no pueden negar literalmente lo acontecido, sitúan los hechos en un marco diferente de interpretación: dos bandos en torno a un conflicto histórico han provocado sufrimiento y muerte. Ponen encima de la mesa todas las víctimas y proceden a una siniestra contabilidad de víctimas que trata de velar lo acontecido, sin distinguir la naturaleza de las violencias, el orden, los periodos y los daños psicofísicos, sociales y políticos ocasionados.

Afrontemos la verdad: ni el constitucionalismo ha vencido ni ETA ha sido derrotada por la sociedad. ETA ha sido derrotada militarmente, pero no ideológicamente. Aún más, han logrado debilitar el constitucionalismo, consolidar su propio discurso y controlar importantes instituciones de la sociedad. El nacionalismo radical ha modificado la estructura sociológica y ahora su objetivo es transformar la injusticia en desigualdad. La pretensión del vencedor es siempre la misma: hacer pasar por natural lo que es histórico y social. De ese modo, se oculta la injusticia, la víctima pierde significado y la voluntad mayoritariamente nacionalista de los vascos aparece como legítima y natural.

El vencedor es siempre el que comete la injusticia. Los presos no están indignados ni exigen que se haga justicia. El vencido es el único que dolido reclama justicia. Y los vencidos son los muertos y los partidos constitucionalistas que debilitados por décadas de terror no han podido contrarrestar el discurso nacionalista. Sin embargo, no todo está perdido, entre las ruinas, escombros y cadáveres que ETA deja atrás, hay un hálito de vida, un adarme de esperanza; las víctimas no son meras florecillas cortadas por las ruedas del nacionalismo en su avance triunfal. Hay que tirar del freno de emergencia y atender las demandas de justicia. Es la hora de la memoria en la que hay que traer el pasado al presente y proyectarlo hacia el futuro, porque detrás de todo crimen hay una injusticia.

Pero, como dice Reyes Mate, «no se trata de recordar para que no se repita, se trata de responder de la injusticia causada [...] Si resulta que sólo recordamos para que la historia no se repita, estaríamos como sacando el último jugo a los muertos en beneficio de los vivos. Bajo el señuelo de una reflexión responsable lo único que se oculta es nuestra propia supervivencia». Este «recordar para que la historia no se repita» es el que sostiene Martin Garitano: «Tenemos que hablar de lo que ha pasado, de lo que está pasando y de lo que no debería nunca pasar». Para Garitano no hay que recordar para hacer justicia, sino para que cedamos ante las reclamaciones de ETA y dejen de matar. Así, todos salimos ganando: los constitucionalistas dejan de estar amenazados, los presos salen a la calle y ellos prosiguen con la construcción nacional. Detrás de ese «recordar para que la historia no se repita» subyace la amnistía, que identifica la paz con 'dejar de matar' sin hacer a los muertos justicia. La paradoja de la amnistía es que proclama el respeto a la vida de los vivos e ignora la vida frustrada de los muertos. La amnistía cancela el pasado y no repara la injusticia.

Reyes Mate ha señalado la importancia de los huecos en las esculturas de Chillida, en las que los hierros retorcidos conforman vacíos y se inscriben otros mundos que alteran la obra. La reconstrucción de la sociedad vasca se asemeja a las esculturas de Chillida, en las que el todo no se entiende sin los vacíos de las víctimas. Las heridas sociales y políticas se suturarán con la recuperación de las víctimas, pero también con las de los victimarios que reconocen la inocencia de las víctimas y la injusticia cometida.